



AÑO VI

MADRID, 20 DE JUNIO DE 1930

NUM. 94

BRILLANTISIMO ACTO DE FIN DE CURSO DEL CIRCULO DE ESTUDIOS DE MADRID

Se celebró solemnemente en la Facultad de Medicina y Ciencias de la Universidad de Zaragoza

Los señores Gil Robles, Valiente y Herrera disertaron sobre los principios de política cristiana, según la mente de León XIII. El Pontífice y la lucha religiosa del Kulturkampf en Alemania. La política pontificia de "le ralliement" durante la Tercera República de Francia.

LA DOCTRINA DE LA SUMISION AL PODER Y SUS PRUEBAS HISTORICAS

El curso del Círculo de Estudios de los Propagandistas de Madrid se cerró brillantemente con un solemne acto en la Facultad de Medicina y Ciencias de la Universidad de Zaragoza.

Lo presidió el presidente de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas y disertaron los señores Valiente, Gil Robles y Herrera sobre el tema general "Los principios de política cristiana según la mente de León XIII".

El señor Valiente

El primer discurso de León XIII, tres días después de ser elevado a la Silla de San Pedro, fué para los franceses. Y en este discurso, que pronuncia el Papa ante una delegación de las Universidades católicas de Francia, hay una frase en la que lo contiene como en germen lo que había de ser preocupación constante del Pontífice: "Debilitada por la división de los partidos, se ve (Francia) impedida de dar libre vuelo a sus nobles instintos". Todos los actos del nuevo Papa, tenderán desde el primer momento a acabar con esta perniciosa división de los católicos.

La situación en 1878

La Francia de 1878, se hallaba profundamente dividida. Las divergencias eran políticas y doctrinales, mas no sólo entre seculares y laicos, sino también dentro de la misma Iglesia entre las fracciones llamadas partido ultramontano y partido liberal.

Estas discrepancias se habían manifestado en múltiples ocasiones, y particularmente en los actos que han pasado a la historia con el nombre de "Crisis del 16 de mayo". Dos fórmulas caracterizaron su significación: el grito de guerra lanzado por Gambetta el 4 de mayo del 77: "El clericalismo, he ahí el enemigo", y la consigna dada por el tribuno a las masas, para las elecciones del 14 de octubre:—"La República para los republicanos". La victoria de Gambetta es el triunfo de ambas aspiraciones. Con ello quedan derrotados los dos lemas opuestos, la monarquía y el catolicismo, y se consuma esta derrota con la dimisión del mariscal Mac Mahon.

La política de Gambetta

Gambetta, dueño del poder, intentó gobernar al principio con una política oportunista, resolviendo las cuestiones religiosas por medio de conferencias con la Santa Sede, con la cual, regentada por el prestigioso Cardenal Pecci (León XIII), quería celebrar lo que llamó "un matrimonio de razón". Pero las sociedades que le habían ayudado a escalar el poder, continuaron empujándole en su lucha contra la Iglesia. Y esta lucha se encendió de nuevo.

Ante esta ofensiva, el partido derrotado en las elecciones del 14 de octubre, no podía oponer una resistencia ordenada, ni menos intentar, por falta de cohesión, una reacción eficaz. En efecto; los monárquicos se hallaban divididos en legitimistas, orleanistas, imperialistas... etc.; y los católicos adoptaban diversas tácticas: unos se afiliaban claramente a la República, con Esteban Lamy, y otros abandonaban las restauraciones monárquicas para defender la fe, situándose en un terreno constitucional. Pero además, la derrota en las elecciones, avivó las querellas doctrinales entre los católicos llamados liberales y los ultramontanos, que se echaban recíprocamente la culpa. Harto se comprenderá que con todo esto se debilitase el catolicismo, y cobrasen mayores alicentos la audacia de los anticlericales.

No se crea que, por el contrario, todo era unión y disciplina, entre los adversarios de la Iglesia. Lo que ocurría es que en la práctica, una poderosa fuerza les daba cohesión y unidad. Esta fuerza poderosa era la francmasonería, a la sombra de la cual se desarrollaba la Liga de la Enseñanza. (Los problemas de enseñanza fueron la obsesión de la masonería en todo momento).

La francmasonería

La ofensiva de la masonería, adueñada ya, en particular después de Mac Mahon, de todos los puestos de mando de la política francesa, había de empezar en 1879, pasada la tregua que impuso la Exposición de París de 1878. Pero ya en este año hubo una especie de preludio de tal ofensiva, con motivo de la celebración del centenario de Voltaire. Desde el primer momento quiso darse a estas fiestas carácter francamente anticatólico. Se dijo sin rebozo que no se trataba de honrar al Voltaire literario, sino al que dijo: "Aplastemos al infame." tal provocación tuvo la virtud de unir (¡pasajeraamente!) a los católicos, cuya protesta se manifestó por medio del verbo vibrante del Obispo de Orleans. Los artículos de este santo Obispo produjeron una honda conmoción en los espíritus; presentó a Voltaire no sólo como enemigo del catolicismo, sino de toda moral, adulator de Prus a, insultador de Francia y de su más pura gloria, Juana de Arco. A los pocos días de esta campaña murió santamente el Prelado, abrazado a un crucifijo, y casi al mismo tiempo el Gobierno masón, derrotado, desautorizaba el centenario de Voltaire. Los católicos, "unidos", triunfaban en toda la línea.

Viose entonces que si bien la masonería era algo fuerte, las campañas de los católicos, cuando se dirigían vigorosa y sabiamente, orientaban a la opo-

nión y detenían las persecuciones. Y vió el Papa (alocución del 31 de mayo de 1878) que el Episcopado y la Prensa católica, unidos unánimemente, alcanzaban con seguridad el triunfo. ¡Unánimemente! Desde entonces el Papa no dudó que la unión de los católicos era la base del porvenir de la Iglesia en la Francia republicana. Y empezó a desarrollar su política de unión o, como él mismo la había llamado, su "política grande".

La política grande

de León XIII

Tras eran los puntos de esta política: 1.º Rehacer la unión de los católicos; 2.º Poner fin a sus querellas religiosas explicando el "Syllabus"; 3.º Evitar las divisiones políticas, invitándoles a entrar en un terreno constitucional para combatir las leyes nocivas.

Frente a este plan del Papa formuló la masonería el suyo, por medio de la elocuencia exaltada y populachera de Gambetta, en el famoso discurso de Romans: 1.º Eliminación de la enseñanza religiosa en las escuelas; 2.º Ruptura del Concordato; 3.º Expulsión de las Congregaciones religiosas más militantes.

¿Qué efecto producen estos dos programas o llamamientos en sus respectivos campos? El segundo, el de Gambetta une a sí a todos los republicanos, hasta a los moderados. El primero, el del Papa, no consigue la unión de los católicos. Había entre éstos quienes propugnaban atacar a la revolución violentamente, por medio de una contrarrevolución, y había otros que se decidían por tácticas más serenas, para que no confundamos—decían—lo que se puede conservar con lo que se debe combatir. Meses más tarde el Papa hace un nuevo llamamiento a la concordia entre los católicos, y en la alocución de 22 de febrero de 1879 recomienda a los periodistas "un lenguaje digno y mesurado, que no provocasen cismas entre sí" (según el consejo del Apóstol) y que se adhieren de corazón a las doctrinas de la Iglesia.

La libertad de enseñanza

La masonería, con Ferry en Instrucción pública, el departamento de las almas, presenta la batalla con un proyecto sobre libertad de enseñanza. En el artículo 7.º de ese proyecto se decía: "No existe para los extranjeros libertad de enseñanza", "ni pueden enseñar los que pertenecan a Congregación no autorizada."

Vuelven a unirse en un haz las múltiples ramas católicas ante tal intento de atropello; Lamy pronuncia en la Cámara un discurso brillantísimo, y la

opinión general, incluso la de caracterizados masones, empieza a inclinarse del lado de los católicos y contra el proyecto. Al fin éste, en su artículo 7.º, es rechazado por el Parlamento.

Hacemos resaltar este nuevo triunfo de los católicos, en demostración de que cuando se unían y actuaban en un terreno constitucional, el anticlericalismo acababa por humillarse.

El Gobierno, derrotado en el terreno legislativo, quiso desquitarse en el de los decretos, y el 29 de marzo de 1880 publicó dos por los que se expulsaba a los jesuitas, y se daba un plazo de tres meses, a las Congregaciones no autorizadas, para que sometiesen a la aprobación oficial sus Estatutos, cosa que intentaban apoyar con disposiciones antiguas y contradictorias que decían estar vigentes desde el Antiguo Régimen.

La protesta del Episcopado fué enérgica. Aquellos decretos eran la negación de la libertad de domicilio y habitación, de la propiedad, y del ejercicio de su profesión, a más de cien mil religiosos. Juristas eminentes de Francia demostraron que con tales disposiciones se negaban los principios más ciertos del Derecho, y no obstante todo esto, el Gobierno, sin pizca de sentido democrático, haciendo de la opinión y del Derecho el mismo caso que de nubes de antaño, y con un desenfado absolutista que envidiara el mismo Carlos X que prefería aserrar madera a ser un rey constitucional, ejecuta los decretos tres meses después, "manu militari". No hay para qué describir las escenas vergonzosas a que esta medida del Gobierno dio lugar. Un periódico protestante, "The Times", escribía en la tarde de ese famoso y triste día de S. Pedro: "El Gobierno francés ha cometido un acto de despotismo. Si la República hace revivir las leyes que violan la libertad personal, ella no representa más que la sustitución de la tiranía del individuo por la tiranía de la multitud."

Las protestas, algunas de elementos autorizados, eran brutalmente ahogadas por el Gobierno. Pero a éste preocupaba ya la impopularidad de los decretos. Al fin, los elementos del Gobierno se dividen. El presidente del Consejo, De Freycinet, autorizado por el presidente de la República, Grevy, entabla negociaciones con la Curia Romana. Las logias, que habían rastreado ya estas gestiones, le obligan a dimitir. La acción de la masonería adquiere mayor violencia, mientras que los católicos, desperdiciando la fuerza que suponía en ellos el haber dividido al Gobierno hasta provocar una crisis, vacilaban en ponerse resueltamente al lado del Pontífice. Este había dicho a De Freycinet: "No vemos dificultad en que las Congregaciones religiosas declaren, en la forma y medio que se crean más convenientes, que no están animadas de ningún espíritu de hostilidad hacia el Gobierno." Por estas vacilaciones, no triunfó la política del Papa, dado que no se llame triunfar el haber dividido a los perseguidores desenmascarándoles, pues ya desde entonces Grevy y Freycinet estuvieron en pugna con Ferry y Constans, y el haber dado una prueba de la altísima misión de la Iglesia, desarmando a los que la presentaban como una institución esencialmente luchadora, sistemáticamente hostil a los Gobiernos modernos y esclava de un partido político irreducible y violento.

Contra las Congregaciones y sus obras

Las Congregaciones autorizadas también fueron indirectamente perseguidas. Bajo pretexto de hacerlas entrar en el derecho común, se las sometió a un llamado "derecho de aumento", sobre la renta de todos sus bienes, calculada oficialmente en un 5 por 100, y comprendiendo entre dichos bienes hasta "los lechos de los enfermos, los bancos en que se sentaban los escolares gratuitos y la vajilla en que comían los pobres".

Ya se comprende que con todo esto, las Congregaciones religiosas quedaban fuera de combate. Ahora intentaba la masonería destruir las obras creadas por ellas, sobre todo las de educación

de la juventud. Para ello se promulgaron cuatro leyes: Primera: Ley Camilo See (1880) sobre Lyceos de niños; segunda, Ley sobre enseñanza gratuita en las escuelas públicas primarias (1881); tercera, Ley sobre títulos de capacidad para dicha enseñanza (1881), y cuarta, Ley sobre neutralidad de la enseñanza primaria (1882).

La primera de estas leyes tuvo poca efectividad, porque la enseñanza femenina se desarrolló entonces mucho entre los católicos. En cuanto a la tercera, creyeron sus autores que no se atrevían los religiosos a presentarse ante jurados laicos para obtener los obligatorios títulos de capacidad; pero se presentaron a los exámenes oficiales, triunfaron, y las escuelas congregacionistas vinieron a desarrollarse mucho más.

La actitud de los católicos ante estas famosas leyes escolares fué de unión en los principios, pero de grandes divergencias en la práctica. Unos propugnaban la desobediencia a rajatabla, excluyendo de la Primera Comunión a los niños que asistiesen a las escuelas laicas, y negando los Sacramentos a los padres de estos niños; otros decidieron esperar órdenes de Roma.

La actitud del Pontífice

Andaba entonces el Papa hondamente preocupado por gravísimos problemas. Era el uno la derogación del Concordato de 1801; otro, la separación de la Iglesia y el Estado con la secularización de los bienes de aquélla, y, finalmente, por las amenazas que se cernían sobre el ejercicio del culto católico en Francia.

La lucha contra la Iglesia era hábil y tenaz. León XIII se esforzaba en persuadir a Principes y pueblos de que la Iglesia, no sólo no era un adversario de ellos, sino un auxiliar insustituible para el mismo progreso intelectual y político. El Papa no podía desistir de su política de unión. Lo que trataba de inculcar en las mentes y en los corazones franceses, era la importancia secundaria que tenían las opiniones políticas ante los intereses espirituales de la Religión, que se hallaban amenazados, y que relegando aquéllas a segundo término, se unieran generosamente para la defensa de los últimos, situándose para ello en un terreno constitucional, acatando los poderes constituidos del Estado, entonces en forma de república para combatir e impedir con armas legales una legislación cuyos designios eran la descristianización de la Francia cristianísima.

¿Puede por esto decirse que León XIII fuese republicano? De ningún modo, y acaso en el fondo fuese todo lo contrario. El Papa deseaba con vehemencia desligar a la Iglesia de todo partido político, manteniendo su acción en un terreno constitucional, según la doctrina de Gregorio XVI en la Bula "Sollicitudo Ecclesiarum". Con este espíritu escribía el Papa al presidente de la república, rogándole que no continuase por el camino de la persecución e invitándole a no "quebrantar la unidad y homogeneidad ciudadanas, obra de los siglos, con la obra de un día". El presidente de la república hubo de contestar al Pontífice que "las pasiones antirreligiosas" a que éste aludía eran consecuencia de la actitud hostil de la Iglesia a la república, y de que la Iglesia no se mantenía en la neutralidad política deseada por su Jerarca Supremo.

Es innegable que tal explicación no podía satisfacer a nadie, pero ayudó para que el Papa se confirmase en su orientación política, cuya realización hubo de encomendar por entonces a monseñor Czachi, su Nuncio en París. Este Prelado era un aristócrata húngaro, que había vivido mucho en la ciudad del Sena, donde contaba con selectas amistades. Su misión fué doble, como doble había de ser el fracaso. Trató en primer término con el conde de Chambord, heredero de la rama legítima, hombre mediocre, juguete de su meridional esposa, y sin voluntad más que para aferrarse a la bandera blan-

ca fiordelizada y cerrarse con ella el camino del trono. Dirigióse luego a Gambetta para tratar de las condiciones con que había de adherirse el Clero a la República, pero de una y otra gestión sólo consiguió que por algún tiempo se nombrasen buenos Obispos y se evitase la ruptura del Concordato.

Se esboza por entonces un partido republicano católico. Monseñor Maret, alentado por el Papa, publica su famosa obra "La verdad católica y la paz religiosa". Se decía en ella, como una de las afirmaciones capitales, que la fuerza de los enemigos de la Iglesia estaba en la creencia de que ésta se hallaba vinculada al "Ancien Régime" y aun a la Edad Media. El libro fué elogiado por el mismo "Osservatore Romano".

La unión de los católicos

El año 1883 mueren Gambetta, Veuillot y Chambord. El príncipe imperial había muerto el 79. Se hallaban por tanto los partidos sin jefes, como decapitados, y era el momento de unirse y reorganizarse. León XIII aprovecha la ocasión para exhortar vivamente, a la unión y a la renuncia de los criterios particulares. Constituye esta exhortación la "Nobilissima Gallorum Geus". Pero la Prensa no sigue al Papa so pretexto de defender los "principios" que, por otra parte nadie defendía tan sabiamente y ardorosamente como el Pontífice al decir que la base de la armonía entre los fieles había que buscarla en el "Syllabus". León XIII, en un Breve a su Nuncio en París, hubo entonces de amonestar severísimamente a los periódicos que dividían e imposibilitaban la acción de los Prelados.

Continúan los católicos divididos. Hay una Liga de la contrarrevolución, una Unión católica, otra Unión realista, otra conservadora y, por fin, la coalición boulangista. En medio de esta barahunda y con afán de desvanecerla publica el Papa la "Immortale Dei", en la que se dirime la enojosa cuestión del liberalismo.

Aprovechando la falta de organización de los católicos, los masones atacan con nuevas leyes laicas. Empieza entonces la adhesión de los conservadores a la República a la cual se aproxima el mismo conde de Mun, y parece que va a abrirse una era de paz. De paz se habla por todas partes incluso entre los republicanos, incluso por Ferry. Y juzgando llegada la sazón el Papa, después de asesorarse con eminentes Prelados de Francia, se decide a encomendar al Cardenal Lavigerie la misión de invitar al clero y a los católicos a adherirse a la República para mejorar así más fácilmente la legislación.

Conseguida una unión electoral para elecciones del 85 los electores responden al famoso llamamiento de los Trece, y se obtienen en la Cámara tantos puestos como cada uno de los demás partidos. Si entonces se hubiera sabido explotar este triunfo, hubiera podido manejarse a radicales y oportunistas.

El Papa y la República

Pero los católicos parecían no querer darse cuenta de las cosas. Publicada la "Libertas", en que se desarrolla y completa la "Immortale Dei", prodúcese la aventura boulangista, en la que picarón no pocos católicos. Fracasada la intención del general que le da nombre, aumenta, y ello es lógico, el movimiento de adhesión a la República, en el que se destacan realistas tan caracterizados como el marqués de Castellane.

En 1890 aparece la "Sapientiae Christianae" en la que se insiste sobre la doctrina de que la Iglesia no se opone a ninguna forma de gobierno. La adhesión a la República crece no sólo entre la Unión Católica sino también entre el mismo Episcopado, y entonces el Cardenal Lavigerie aprovecha la visita de la escuadra a Argel para cumplir, en su famoso brindis la misión que el Papa le confiara.

No obtuvo este discurso el efecto apeteído. Manifiéstase de nuevo la división, y para amorrarla el Papa aconseja que no se extreme la nota republicana. Tras el llamamiento Rchard ("Dejad las luchas de partido, y apres-

taos unidos, a la defensa religiosa") se multiplican las publicaciones en que se excita a ir a la República, y León XIII publica en francés su Enciclica "Au milieu des sollicitudes", en la que se distingue el acatamiento debido a los poderes constituidos, de la oposición que a la legislación puede y debe hacerse. Al fin las direcciones pontificias son seguidas fielmente por un nuevo partido, la Derecha Constitucional, en la que entran a formar parte De Mun, Pior y Lavy, entre otros. A pesar de esto, los católicos, derrotados por sus eternas divisiones en las elecciones del 93, no saben aprovechar el triunfo obtenido en ellas por los elementos moderados.

Después de la situación Spuller, la masonería se esfuerza en presentar a la república como algo anti-católico, y esto por dos razones: la primera, para impedir el acceso de los católicos al Poder, y la segunda, para arruinar la obra de beneficencia social desarrollada por la acción católica y que empezaba a ejercer gran influjo en la sociedad.

Campanas masónicas

Ante la situación Bourgeois, francamente masónica, y desempeñando Combes el ministerio de Instrucción pública, los católicos reaccionan, pero muy débilmente. La masonería no cesa en sus propósitos, y por medio del ministro de Colonias anuncia que se aplicarán todos sus principios, hasta hacer del credo masónico la Religión de la República.

La agitación masónica, durante el gabinete Buisson, es extraordinaria. Por entonces celebraron los masones el Congreso Internacional de La Haya, y síntoma de esta actividad, fué entre otros muchos el asunto Dreyfus. La masonería estaba representada en las Cámaras—según se dijo—mejor que el cuerpo electoral.

Registrase el año siguiente una nueva actuación de los católicos. En el Congreso de Trento, celebrado con buen éxito, tomaron entre otras conclusiones la de reconocer que la división política les había sido perjudicialísima, que debían seguir con generoso espíritu de disciplina las orientaciones del Papa y que debían actuar mucho sobre el pueblo buscándole siempre en su apostolado. Consecuencia de esta reacción fué la mayoría de sesenta votos obtenida en una votación sobre libertad de enseñanza. Pero el retoñar de nuevo la planta vivaz de las particulares opiniones políticas, hubieron de sufrir que se aprobase la ley de Asociaciones (contra las Congregaciones religiosas), de Waldeck Rousseau, que éste no se atrevió a efectuar y que dejó como herencia a su sucesor Combes. Con éste recobra nuevo empuje la masonería, y al fin, el Concordato de 1801, es denunciado al Parlamento.

¿En qué va a parar este duelo a muerte entre la masonería que quiere identificarse con la República, y los católicos, que por no desprenderse de sus credos políticos dejan que los enemigos de Dios se apoderen de los órganos del Estado republicano?... En estos momentos, cuando el siglo XIX ha muerto, y está para morir también el gran Papa, los católicos continúan ciegos y sordos a la voz del Supremo Pastor de la Iglesia, y el secretario Combes es dueño de Francia.

Lo dijimos antes, pero es fuerza repetirlo ahora. Nadie diga, salvo que sienta la atracción del ridículo, que León XIII era republicano, como no lo era su lugarteniente, el Cardenal Lavignerie. Este, a quien se censuraba sus excitaciones a adherirse a la República porque antes había defendido la restauración monárquica en la persona del conde de Chambord, decía que fué monárquico mientras creyó posible la monarquía en Francia, pero que descartada esta posibilidad, su deber era acatar los poderes constituidos, y defender a la Iglesia dentro de la legalidad nueva.

León XIII vió que la República se fortificaba por días, y vió también el juego de la masonería, la cual se pegaba a la República como la hiedra al tronco, quería llenar con su espíritu el

molde recién formado de la República, y en sus campañas ansiaba demostrar que no atacaba a la Iglesia, sino que la Iglesia atacaba a la República, y ella a la República defendía.

Los católicos, apegados a sus tradiciones monárquicas, conservando para sus señores una fidelidad medioeval carente de sentido político, no tenían generosidad bastante para abandonar estos campos, y acudir al campo republicano desde donde se legislaba y describía al país. Pero además es que no vieron el juego masónico, tan sabiamente visto por el Papa, y se resistían a entrar en la República porque la hacían una cosa común con la masonería, cuando el peligro no estaba en la República, sino en la legislación. Por eso acertaba Duval cuando, contestando en la Cámara a una pregunta sobre a qué República quería que se adhiciesen, dijo: "A la República, sencillamente. Ella no es patrimonio de nadie, es de todos; es mía; es de vosotros, católicos, si queréis ocupar en ella vuestro puesto".

Pero no lo ocuparon. Los buenos católicos eran fieles al nombre de Borbón, al nombre de Orleans, al nombre Bonaparte, según los gustos, mientras el nombre de Dios se iba borrando de la mente y el corazón de la vieja y católica Francia. No es que el Papa les exigiese que arrancasen de sus corazones estos sentimientos (que eran más sentimientos y más amor propio que otra cosa), sino que ante el peligro que constituía la legislación masónica, dejasen lo secundario y acudiesen en defensa de lo principal. Y lo principal era evitar una legislación laica y sectaria, aun situándose en la República si ello era preciso.

Al llegar aquí ganas se sientan vehementísimas de sacar algunas consecuencias que habrían de ser provechosas y altas enseñanzas. Mas ¿qué diré yo por mi cuenta que no hayan proclamado los hechos referidos? Aténgase a ellos el discreto lector.

El señor Gil Robles

Como contraste—comenzó el señor Gil Robles—de la política seguida por los católicos franceses, que el señor Valiente acaba de exponer, el Círculo de Estudios del Centro de Madrid estudió la conducta de los católicos alemanes en circunstancias parecidas.

La historia de la Alemania contemporánea registra un episodio de lucha religiosa conocido con el nombre de "Kulturkampf" que comienza en 1870.

Durante él se revela claramente la táctica del partido del Centro alemán que, de acuerdo con las orientaciones de León XIII, obtiene la victoria sobre el celebre Canciller de Hierro.

El príncipe de Bismark

Figura principalísima de este período es el príncipe Otto de Bismark. Interesa, por consiguiente, conocer ante todo su significación religiosa, política y social.

Bismark no era un impío ni un sectario a la manera de Gambetta o de Crispi. Por el contrario, no carecía de cierto espíritu religioso, o, por mejor decir, de cierto vago deísmo, sin verdadero sentido sobrenatural. Para él la Religión en el orden político no pasaba de ser uno de tantos factores, más o menos poderosos, al servicio de los intereses del Estado.

El Canciller era un nacionalista, en la más aguda significación de la palabra. Su ideal era un Estado fuerte, vigoroso, empapado ya del ideal hegeliano, que había de culminar más tarde en las ideas de dominación de Treitske y de Bernhardi.

Al iniciarse el período que nos ocupa comenzaba a realizarse su ideal. Prusia triunfante de Austria en Sadowa, había iniciado un movimiento de integración germánica que aún carecía de verdadera unidad interna. La derrota de Francia significaba el triunfo de la raza germánica, representada por el Imperio proclamado en Versalles. Ni dentro ni fuera podía consentir el Canciller dificultades ni estorbos.

Desde este punto de vista, el catolicismo despierta los recelos de Bismark. En el interior se encuentra con el partido del Centro, en cuyo seno late un franco autonomismo, contrario a la tendencia unitaria, y sometido en el orden moral a un poder extraño, al del Imperio. En lo exterior tropieza con la autoridad del Vicario de Cristo, que no se doblega a las exigencias de Bismark, que no quiere servir de medio coactivo contra los católicos en el orden puramente político, y que, aun despojado de su poder temporal, hace la afirmación solemne, la proclamación dogmática de una infalibilidad que le coloca por encima de todos los poderes de la tierra.

Por si esto fuera poco, Polonia y Alsacia Lorena, las dos regiones en que se mostraba más latente la tendencia autonomista y aun disgregadora, eran las que daban mayor fuerza y más nutrido contingente al partido católico, con el que aparecían estrechamente ligadas.

La Iglesia y el canciller

De aquí que el Canciller estimara indispensable quebrantar el catolicismo en Alemania, mediante una doble táctica: por un lado, mediante la promulgación de leyes que quebrantarán la jerarquía eclesiástica, dificultarán la labor de los pastores de almas e intervinieran en la formación moral e intelectual del Clero. Por otro, procurando a todo trance separar a los católicos del Vaticano, presentando al partido del Centro con criterio distinto y aun hostil al de la Santa Sede.

Para lograr lo primero, Bismark se apoya en el partido conservador, nutrido de luteranismo, y utiliza al partido nacional, liberal integrado en su mayor parte por elementos intelectuales y de tendencia francamente racionalista. Para lo segundo, pone en práctica todos los recursos de su desaprensiva diplomacia que no se detiene ni ante la divulgación de documentos confidenciales, y emplea alternativamente la dureza y el halago, la persecución y la transigencia.

La política del Centro

El partido del Centro, que ya desde las elecciones de 1870 forma un núcleo de 60 diputados, libra la primera batalla al presentar una enmienda en el Parlamento durante la discusión constitucional, pidiendo se proclame la libertad religiosa en la ley fundamental del Estado. Bismark queda sorprendido desagradablemente y pretende que el Papa desautorice al partido del Centro. Pio IX encuentra prematura la actitud del partido pero no lo desautoriza y proclama su absoluta independencia en las cuestiones políticas.

En el año 1871, el Centro funda el periódico "Germania" como órgano oficial del partido, y publica en él su programa, que comprende tres puntos fundamentales: buscar el bienestar de las clases populares, afirmar la autonomía de los Estados componentes del Imperio y proclamar la libertad religiosa.

El canciller se da cuenta del enemigo que tiene enfrente, y se apresta a combatirlo. A título de advertencia, Bismark obliga a aceptar la enseñanza protestante en determinadas entidades católicas. El Centro ataca al canciller por esta medida, y Bismark lleva a la Cartera de Instrucción pública a Falk.

La figura de Falk

Falk era el más genuino representante de la tendencia dominante en el partido nacional liberal. Francamente ateo y racionalista, estaba animado de una ciega hostilidad al catolicismo, de una tenacidad grande para imponer su política y hasta de una tosquedad espiritual que se aventaba muy bien con toda norma de persecución.

El ministro de Instrucción presenta una serie de Leyes al Parlamento, librándose toda la batalla entre el partido del Centro y el partido Nacional alemán. Algunos de los diputados de éste comienzan a sustentar la teoría de que el Estado alemán tiene en el mundo una verdadera misión de cultura (Kulturaufgaben), y la consiguiente

obligación de defenderla (Kulturkampf). Esta lucha por la cultura no tiene más orientación que el ataque a la religión católica y a sus instituciones.

Las Leyes de Mayo

Las leyes opresoras iniciadas en 1872 y que se conocen con el nombre de "Leyes de Mayo", se refieren a los extremos siguientes: inspección escolar encomendada al Estado con exclusión de la enseñanza de la religión católica; expulsión de las Ordenes religiosas; intervención del Poder civil en la educación del clero; y provisión de cargos eclesiásticos por el Estado.

Si opresoras fueron en su letra y en su espíritu las "Leyes de Mayo", más dura e implacable fué su aplicación por el ministro Falk. La estadística de este período arroja las siguientes cifras: 601 parroquias con 646.000 almas, sin sacerdote; 584 parroquias con 1.500.000 almas, con el clero reducido a la mitad; 296 conventos cerrados con 1.181 religiosos expulsados; y 600 periodistas católicos procesados por atacar la política bismarkiana.

Protestan enérgicamente los Obispos católicos y el Partido del Centro, se llega a la ruptura de relaciones diplomáticas con la Santa Sede, y en estas circunstancias muere el Papa Pío IX, que no había cedido un solo paso a las imposiciones de Bismark.

León XIII

Difícil es la situación que encuentra en Alemania León XIII al ser elevado al Sólido Pontificio el 12 de febrero de 1878. El gran Pontífice no se arredra. Inicia inmediatamente aquella "política grande" que ha de inspirar toda su actuación futura, y, colocado en un terreno que armoniza la más absoluta intransigencia doctrinal con el más hábil y flexible criterio político, ve cómo lentamente el Imperio alemán rectifica la política de persecución hasta llegar a la paz religiosa tal como el Papa la quiere. En esta batalla, León XIII cuenta con la ayuda incondicional de los católicos alemanes, organizados en un partido fuerte, con jefes de la mayor altura intelectual y moral, e íntimamente unidos con la Santa Sede.

Uno de los primeros actos de León XIII es dirigir al Emperador de Alemania una carta del más elevado tono en que pide la libertad religiosa para el pueblo alemán. El viejo Emperador Guillermo le contesta con una carta llena de deferencia, pero en la cual se traslucen harto claramente los trazos de la pluma de Bismark, quien pretende echar la culpa de lo ocurrido a las autoridades eclesiásticas de Alemania y a la actitud del partido del Centro. León XIII replica, y, planteado el asunto con gran claridad, pide la derogación de las "Leyes de Mayo".

Primeras negociaciones

Comprende el canceller la necesidad de iniciar una era de concordia, e insinúa la conveniencia de empender negociaciones diplomáticas. El Papa accede y con carácter oficioso se pone el canceller al habla con monseñor Masella, Nuncio en Baviera. Sin embargo, esta concesión de la Santa Sede no es obstáculo para que se sigan manteniendo las necesarias medidas de energía en relación con el Clero. Así, por ejemplo, la Sagrada Congregación de Concilio amenaza con la excomunión a los sacerdotes que presten el juramento que para la provisión de cargos eclesiásticos exigen las "Leyes de Mayo".

Atentados contra el emperador

Una serie de circunstancias comienzan a fortalecer la situación de los católicos en el orden político. En el espacio de dos meses el emperador de Alemania es objeto de dos atentados. En el primero resulta ileso, pero en el segundo es gravemente herido por un doctor inspirado en claros principios racionalistas y afiliado al partido social demócrata. León XIII escribe al emperador lamentando lo ocurrido y señalando

los peligros de la educación irreligiosa; Bismark pide leyes de excepción contra el partido socialista que comienza a agitar a Alemania, los católicos se oponen a tales medidas de excepción y se celebran unas nuevas elecciones para el Reichstag el 30 de julio de 1858. En ellas obtiene el partido del Centro doce puestos más.

Entretanto, procura Bismark tocar con éxito todos los resortes de su especialísima diplomacia. Hallándose en Kissingen por motivos de salud, anuncia a monseñor Masella que desearía celebrar con él una entrevista. León XIII la autoriza y el canceller hace al Nuncio de Baviera toda suerte de ofrecimientos sin hipotecar por ello su política. Se muestra dispuesto a suavizar la aplicación de las Leyes de Mayo, pero no se compromete a derogarlas. Parece que el Nuncio se deja convencer; pero León XIII, que vela atentamente, comprende el peligro de seguir las negociaciones. El Cardenal Secretario de Estado telegrafía a Monseñor Masella ordenándole regresar inmediatamente a Múnich, y quedan rotas las negociaciones.

Situación del Centro:

Windsthorst

La situación del partido del Centro era también bastante difícil. En su seno existían dos tendencias algo contrapuestas que podían poner en peligro su unidad interna. De un lado militaban en él no pocos exaltados que querían a todo trance la lucha abierta con el canceller, que no cesaba de perseguir a los sacerdotes, a los maestros y a los funcionarios católicos. Por otra parte, formaban parte del grupo algunos diputados apasionados por la grandeza del Imperio alemán, que llegaban a ver en la actitud de Roma una cierta usurpación de su independencia política. Sin embargo, dominaba en el partido del Centro una enorme masa disciplinada y prudente que apoyaba la táctica habilísima de su jefe, Windsthorst, uno de los políticos de más altura con que ha contado Alemania.

Windsthorst trazó hábilmente su programa, que comprendía dos partes: reservar el voto de los católicos en la cuestión de las leyes excepcionales que pretendía dictar Bismark contra los socialistas y colocar como la primera de sus reivindicaciones la retirada de Falk. El primer punto lo razonó en el Parlamento diciendo que la votación de unas leyes de excepción sería el comienzo de la pérdida de las libertades públicas. En cuanto a lo segundo, atacó violentamente la política irreligiosa haciendo responsable a ésta de los progresos del socialismo en Alemania. Sus argumentos causaron viva impresión en el país, principalmente en el partido conservador, que veía ya con recelo los excesos de la política del ministro de Instrucción pública. La situación de Falk se hizo difícil y un incidente parlamentario precipitó su caída.

Caída de Falk

El año de 1878 marcó un cambio en la política económica del Imperio Bismark, partidario hasta entonces de las teorías de librecambios de los partidos de izquierda con que gobernaba se decide a variar el rumbo y a acometer una política francamente proteccionista. Mediante él perseguía la doble finalidad de robustecer la naciente industria alemana y de dotar al Imperio de los abundantes ingresos de los derechos de Aduanas, que permitirían al Gobierno prescindir de los subsidios periódicos de los Estados federados y robustecer por consiguiente, la situación del organismo central.

Pero el cambio del librecambismo al proteccionismo no podía verificarlo el Príncipe de Bismark sin el apoyo del partido del Centro, con el cual había de quebrantar la oposición de los nacionales liberales, en quienes hasta entonces se apoyaba. El Partido del Centro comprende la importancia que le da su papel de árbitro y se apresura a cotizarlo. Windsthorst anuncia que el partido del Centro no prestará su apoyo mientras siga la persecución reli-

giosa. El Canceller quiere congraciarse con el Centro y da la Vicepresidencia del Reichstag a uno de sus miembros más importantes, Franckenstein, quien presenta una enmienda a los proyectos del Gobierno en el sentido de destinar a los Estados federados una parte de los recursos de Aduanas. Bismark acepta esta enmienda autonomista del partido; los católicos apoyan en este punto al Gobierno; el partido Nacional Liberal queda vencido y el ministro Falk presenta su dimisión el 3 de julio de 1879. Los católicos alemanes han obtenido una primera victoria parcial.

Táctica bismarkiana

La derrota de Falk facilita un cambio en la orientación política del Canceller. Se aparta cada vez más de los nacionales liberales, nombra ministro de Instrucción pública a Roberto Víctor de Puttkamer, hombre tolerante y comprensivo, e inicia gestiones directas con la Santa Sede. Entretanto triunfan los católicos de nuevo en las elecciones e inician la serie de los grandes Congresos nacionales, que tanto vigor han dado luego al partido.

Consciente de su fuerza, el jefe del Centro desarrolla una hábil política parlamentaria. Se apoya en los conservadores para combatir la escuela anti-religiosa, y se separa de ellos cuando es preciso para reivindicar los derechos de la Iglesia. El ministro Ruttikamer consiente en reintegrar a sus funciones a los eclesiásticos suplantados por Falk. Pero los católicos piden, además, la abolición del tribunal Supremo para asuntos eclesiásticos y la abrogación de las Leyes de Mayo.

Gran irritación causan a Bismark las maniobras del jefe católico. Para librarse de él trata de ganarse las simpatías de León XIII suavizando la aplicación de las Leyes de Mayo. Ordena a Puttkamer que no se lleve a los sacerdotes católicos a los Tribunales, sin consulta previa al Gobierno, y devuelve las funciones de inspección escolar a los sacerdotes.

Flexibilidad y firmeza

de León XIII

León XIII corresponde a este cambio de actitud y anuncia que está dispuesto a tolerar que se comuniquen al Gobierno, antes de la institución canónica, los nombres de los sacerdotes nombrados por los ordinarios de las diócesis. Bismark exagera el alcance de esta concesión, presentándola como una victoria propia; pero León XIII puntualiza su alcance haciendo ver que sólo se refiere a los párrocos inamovibles, y que todo ello no era más que un preludio de inteligencia, a que sólo podía llegarse por la total derogación de las leyes opresoras. De nuevo queda vencida la política bismarkiana.

Pero no era el Canceller de Hierro hombre que se dejase vencer fácilmente. Y el 20 de mayo de 1880 presenta al Landtag un proyecto de ley que implicaba una rectificación de las Leyes de Mayo, pero siempre a base de facultades discrecionales del Canceller, que podría a su antojo aplicar o no aplicar tales disposiciones. Ni León XIII, ni el partido del Centro se dejan engañar por tan burda maniobra y atacan al proyecto de ley. Este, no obstante, se aprueba, sin que ello significara una aproximación de los bandos contendientes.

Aumenta el celo de los católicos. La Catedral de Colonia

Entre tanto, el celo de los católicos no se amortiguaba. Los sacerdotes multiplican sus visitas a las parroquias sin clero, desarrollan por todo el país una intensísima labor misional que afirma el arraigo del catolicismo en la nación. El movimiento antisemita, dirigido por el pastor Stoeker, que agitó en sentido espiritualista al país, y el apoyo de los polacos, güelfos y alsacianos-loreneses, al partido del Centro, fortalecieron de tal modo su situación, que no tardaron en producirse las primeras